

Tierra y Libertad

Cuando a los anarquistas se nos aplican con criminal encarnizamiento los más infames procedimientos represivos, cuando se denuncian, secuestran y suprime toda nuestra prensa, cuando a través de todo el país se nos persigue, encadena, apalea y asesina; cuando los plumíferos prostituidos y políticos indecorosos caen sobre nosotros mordiendo y ladrando como una jauría hambrienta, los trinitas se unen al coro y desde su órgano, vertedero de odiosas calumnias, nos acusan con más encanallado ensañamiento que la policía. Nos complace esa actitud ya que acaba de hundirnos en sus propias inmundicias. Sólo diremos: La baba del sapo no puede manchar la blancura del armiño.

Las Jefaturas de Policía, madrigueras del vandalismo organizado



Carne proletaria, carne martirizada y sangrante

En el número anterior se ha hablado en este periódico de los apaleamientos en la Jefatura de Policía de Barcelona. Insistimos nosotros también porque aún tenemos el horror cristalizado en el cerebro, lleno de un odio inmenso en el corazón hacia la clase siniestra que se solaza con sus criminales y sanguinarias orgías. Es indescriptible la tragedia pavorosa representada en el antro tenebroso, polliciano, de la Vía Layetana. No es posible describirla con toda su trágica exactitud. Para saber, para darse cuenta del significado de las horribles fechorías policíacas, es necesario sentirse bajo las brutales pezuñas de esas bestias de Asalto; es necesario verse en el suelo indefenso y maltratado, sangrante, pisoteado y con el cráneo machacado. Sólo los protagonistas de la bárbara tragedia que ha tenido lugar en la Jefatura de Policía de Barcelona, saben lo que esto significa. Lo saben sus huesos quebrantados, sus carnes desgarradas y llenas de manchas violáceas y lo dicen sus indumentarias adornadas de expresivas floraciones rojas. De la lectura de estos hechos vandálicos sólo puede sacarse un intenso crispamiento de nervios, ojos angustiosamente sorprendidos o sonrisas en las que aletea la duda. Pero, ya que no un amplio informe damos a continuación una reseña sucinta de las más atroces atrocidades cometidas por la chusma policíaca contra los obreros que cayeron llegada la hora de la suprema y vindictiva liquidación social.

BESTIAS APOCALIPTICAS

En la Jefatura de Policía hay ruido. Actividad. Domingo 8 de enero. Año flamante. Invierno rojo. Los guardias de Asalto y Seguridad están presos de una significativa inquietud. Parece que están de fiesta. Y lo están. Es un domingo rojo y negro. Un domingo escogido por algunos obreros revolucionarios para enseñar a los obreros indiferentes y a los cobardes el camino de su emancipación. Sonrientes, metidos en sus uniformes elegantes, armados con máuseres y pistolas, los de asalto llenan toda la Jefatura. Pasillos, corredores, escaleras, despachos, todo está invadido por los bestialitos de la República. Esperan. Husmean la presa. Acechan a las indefensas víctimas. Saborean ya la masacre. Y piensan: ¡Oh, cuando caigan esos endemoniados obreros descontentos en nuestro poder con que gusto les haremos pedazos! Y se los imaginan ya a sus pies, echando sangre por todas partes, triturados, con la cabeza abierta, los ojos y la lengua arrancados. Hechos un revolijón de muertos, y los moribundos llenando aquel antro de agoreras lamentaciones. Y los guardias, los perros "pollicias" riendo y saltando con sádico placer, alrededor de los masacrados.

VIA CRUCIS

Calle de la amargura. Vía Layetana. Manión de los mártires modernos, de los martirizados salvajemente, sin piedad. Jefatura de Policía de Barcelona. ¡Remember! ¡Recordar, hermanos oprimidos! Los calabozos, los calabozos infectos y mortalmente húmedos. Los guardias de asalto, los pollicias que interrogan con siniestra "persuasión". Las pistolas, las pistolas con su ojo fatídico, los máuseres, los máuseres y los vergajos. ¡Desgraciado preso! ¡Pobrecita mosca caída en la red de la araña!...

Escuchad. Empezad el desfile. Son los detenidos del día ocho de enero. Procesión de fúlgidos apaleados por la mano de la adquisición española. Ya pasan...

Enrique García. — Este compañero fue detenido el día ocho a las ocho de la noche en la Vía Layetana, junto a Correos, fué conducido a la Jefatura de policía y allí fué recibido por los guardias de asalto a patadas y a culatazos.

Sufre magullaciones por todo el cuerpo. José Vidal y Angèl Catalá. — Detenidos en la Rambla de Santa Mónica. Fueron maltratados en el lugar de la detención recibiendo varias heridas en la cabeza. En la Jefatura fueron de nuevo maltratados varias veces. Heridas en la cabeza y magulladuras por todo el cuerpo. Mientras los pegaban los guardias trataron de educar a los detenidos con la siguiente enseñanza: "¡Hijos de puta! ¡Hijos de madre! ¡Maricones!" Agredían y discutían al mismo tiempo.

José Pérez. — Detenido en la Rambla de las Flores por los guardias de asalto. Allí fué apaleado bárbaramente. Cayó al suelo sin conocimiento. Al poco tiempo volvió en sí y escuchó: "Hay que matar a este canalla". A patadas invitaron al caído a que saliera andando quizá con la intención de aplicarle "la ley de fugas". En auto fué llevado a la casa de socorro y después a Jefatura. Heridas en la espalda y cabeza.

INTERMEDIO :: CONFUSION Y COBARDIA

Cuando llegó el compañero José Pérez, tuvo lugar en la Jefatura un revuelo fenomenal. Los guardias de Asalto empezaron a darle culatazos y patadas. Lo arrojaron violentamente al suelo. En este momento hubo dos ensordecedoras explosiones en la puerta de la Jefatura, explotaron dos bombas. Los guardias de asalto dejaron solo al detenido en el zaguán, llenos de vergonzoso espanto empezaron algunos a quitarse la chaqueta y la gorra con ánimo de desaparecer de allí, la ametralladora situada a la puerta fué abandonada. En aquellos momentos el pánico fué inconcebible. Confundidos, muertos de miedo, no sabían qué hacer. Llegó un teniente y amenazó pistola en mano. Insultó: "¡Cobardes, cobardes! ¡Vosotros soy guardias de asalto? Vosotros sois gallinas." Ordenó que prepararan la ametralladora y se llevaran de allí al detenido. La ametralladora tableteó al impulso de la cobardía. Disparó contra enemigos invisibles, busorios. Hay que restablecer el orden.

Seguir el desfile.

José María Gómez. — Detenido en la Plaza del Arco del Teatro. Un policía secreta le dió una bofetada y en la Jefatura los guardias de asalto le dieron patadas y culatazos.

Juan García Oliver, Antonio Ortiz, Marcelino Jimeno, Gregorio Jover, Alfonso Guiral, Félix Arpal, Pedro Gil y Juan Plera. — Todos estos camaradas fueron detenidos en Sans y llevados a Jefatura y allí, desde la entrada, empezaron a pegar a estos detenidos que iban maniatados, de una manera cruel. Con los vergajos, metiéndoles las pistolas por los ojos, dando terribles culatazos en las espaldas, en la cara y en la cabeza. Los guardias de asalto, la Brigada social y cuantos pasaban por allí pegaban a los detenidos infamemente; recreándose en la exquisita suerte de atormentar. Los atormentados querían librarse de los golpes inútilmente. Por todas partes llovían los golpes. Vergajos, culatazos. En el pecho, en la cara, en la cabeza. Los asesinos estaban poseídos por la siniestra locura homicida. La cobardía que antes sintieron hizo reforzar el odio hacia los obreros revolucionarios. Como si se tratara de fieras, golpeándolos, llevaron a los martirizados por los corredores, subieron las escaleras del cuarto de "Investigación criminal" y "Brigada social" y al descender empezaron a aplicarles los culatazos por lo alto de los calabozos dando a los detenidos culatazos en la cabeza.

A Alfonso Guiral que cayó al suelo un guardia de asalto quiso torcerle los testículos, pero no logró sus deseos porque se lo impidieron los otros guardias que enloquecían pegando. Todos querían ser verdugos absolutos.

Félix Arpal iba con ligaduras en las manos y al ser apaleado tan bárbaramente las rompió y huyó por el pasillo de los calabozos hasta el retrete. Numerosos guardias de asalto salieron detrás de él y en el sitio donde estaba lo dejaron inerte y sangrando.

A Juan García Oliver lo llevaron pegándole hasta el final del pasillo de los calabozos. Como a un fardo lo tiraron al suelo y allí le machacaron el cráneo de tal manera que todo él estaba bañado en sangre.

Decían los guardias: "¡Canalla! Tú eres el jefe. Toma, para que mueras, Toma, Toma, Toma..." Y le dejaron por muerto.

Un cabo de asalto, alto moreno, desabrochada la chaqueta y arremangado dirigió los apaleamientos. ¡El héroe! ¡El encanallado héroe! Amadeo Roig, José Roig y Manuel Baños. — Los detuvieron en la Plaza de Medinaceli. Allí dió comienzo el apaleamiento. El sargento Anguita torció los testículos de Baños, orinó sangre. En la Jefatura prosiguieron los malos tratos.

Salvador Satorra. — Detenido frente al Gobierno Civil. Lo entraron dentro. Fué maltratado en la cabeza. Conducido a Jefatura donde se repitieron los malos tratos. Magulladuras en el cuerpo y en la cabeza.

Antonio Aguilar. — Detenido cerca de Correos. En la Jefatura los guardias de asalto le propinaron patadas y culatazos. Sufre heridas y magulladuras en brazos y cabeza.

Julio Carrillo. — Detenido cerca del Borne, ante delegación M. Z. A. Uno de los pollicias que lo detuvieron le hizo pasar delante y le aplicó la ley de fugas que no surtió efecto porque el disparo fué desviado por el otro pollicia. Con la culata de la pistola hirieron en la cabeza al detenido. Fué golpeado en la Jefatura.

Angel Caballera. — Detenido en Conde de Asalto. Al tomar filiación un "secreta" le dió unas bofetadas y dijo: "Hay que terminar con estos hijos de puta". Fué esposado hasta el cuarto de guardia y allí uno de asalto le golpeó con un fustil en el pecho. Hecho sangre por la boca.

Antonio Belmonte. — Detenido en Ripollit. Maltratado inicuamente en Ripollit por los Mozos de Escuadra y guardias de asalto. En la Jefatura fué maltratado de nuevo con las culatas de los fusiles.

Jesús Garrigó, Juan Santiago, Miguel Farras y Ramón Martín. — Detenidos en el Paseo de San Juan. Fueron conducidos al cuartellito de la Brigada de Gracia. Aquí pegó una bofetada a José Garrigó el guardia núm. 966. Echó sangre por la boca. El cabo Agustín dijo a los guardias: "¿Por qué no lo habéis matado en vez de traerlo aquí?"

Contestaron: "No lo hemos hecho por haber en el lugar de la detención mucho personal". En el cuartellito de Gracia estuvieron cinco días y allí declararon la huelga del hambre para poder pasar a la Jefatura o a la cárcel. En los calabozos de Jefatura permanecieron maniatados sin poder comer ni dormir durante tres días.

UN TARTARIN CON "MORRIÑA" Y UNOS FERROS LADRADORES

La tragedia desarrollada en la Vía Layetana con motivo de los pasados sucesos revolucionarios no es del dominio público. La mayor parte del pueblo, así como el pueblo de los procedimientos inquisitoriales practicados en la siniestra guardia de la infame policía barcelonesa. El pueblo sólo sabe lo que los infames periódicos afectos al régimen burgués le dicen. Y los periódicos encanallados, los periódicos vendidos y prostituidos dicen lo que han dicho el ministro de la Gobernación, los Jefes más perversamente representativos de la policía los polizontes insigni-

La represión en Zaragoza

Sindicatos clausurados.-Asalto y registros domiciliarios. Detenciones a granel.-Los presos pasan de ciento diez. Apaleamientos en Jefatura.-Casos de crueldad.

LLEGADA A ZARAGOZA. FRIO, HAMBRE, DESOLACION

Llegamos a Zaragoza y al atravesar el antiguo "Campo Sepulcro", el aire frío y cortante del Moncayo, azota nuestro rostro.

La policía vigila atentamente la llegada de viajeros y examina escrupulosamente a aquellos que le ofrecen alguna duda. A un pobre obrero, campesino, que viene a Zaragoza en busca de trabajo y que su aspecto de honrado productor no ofrece a los de la brigada social una "garantía", le obligan a documentarse en forma despectiva la documentación, a ir a un departamento de la estación donde inhumanamente, después de someterlo a un minucioso interrogatorio, será conducido a la cárcel y tal vez, horas más tarde, expulsado por "indeseable".

El aspecto de desolación, el cuadro de miseria es igual en todos los hogares. El camarada que no ha sido detenido se ha visto obligado a huir ante la persecución sistemática de la policía, abandonando, no sólo el taller, la fábrica y el campo, sino la propia familia que vivía miserablemente, pero vivía del escaso jornal que el padre aportaba semanalmente.

Preguntamos: ¿Qué hay del tiroteo en los trabajos del Camínreal? —Senillamente, esto. Cuando los obreros estaban trabajando en los tajos respectivos, se presentó de improviso una Sección de guardias de Asalto y pollicias, que, sin mediar palabra ni aviso alguno, empezaron a disparar contra los obreros, pero con preferencia sobre el que querían detener. Este, al verse objeto de la brutal agresión, procuró esquivar los disparos y sacando su pistola empezó a defenderse cubriendo la retirada. Por verdadera casualidad no ocurrió una gran catástrofe. La Policía y los guardias de asalto, al verse defraudados en sus planes de represión, inereparon dura y soezmente a los trabajadores.

CONTINUA EL ASALTO A LOS SINDICATOS Y A LOS DOMICILIOS DE LOS MILITANTES DE LA C. N. T.

—Por lo que he visto, la represión en Zaragoza es igual a la que venimos sufriendo en el resto de España.

—La represión aquí, no ha empezado ahora, sino que viene de muy atrás y ahora lo que pasa es que ésta se acentúa de una forma cruel y sangrienta.

Los Sindicatos han sido clausurados y la Policía, junto con los de Asalto, continúa visitando los domicilios de los militantes más destacados de nuestra organización practicando, después del registro, la consabida detención del camarada a quien visitan. Los que hemos tenido la suerte de no caer en manos de la policía, hemos tenido que escondernos y dejar abandonado, no sólo el taller y la fábrica; sino a la compañera y a los hijos. Ellos mismos ignoran donde nos escondemos, pues se ha dado el caso de obligar a nuestras compañeras a pasar por la calle junto con la policía "señalando" a los camaradas. Claro está que este "trabajo", a pesar de las coacciones y amenazas, ha resultado infructuoso, pues ninguna de nuestras compañeras es capaz de "señalar" a un camarada.

LOS DETENIDOS Y CONFINADOS

—¿Cuántos presos y confinados hay actualmente? —Los compañeros confinados en Pina de Ebro, son unos cuarenta que continúan en la cárcel, bajo un régimen riguroso. Ni que decir tiene que aquella prisión no reúne condiciones para albergar seres humanos. Los presos duermen en una mala colchoneta sobre las losas del pavimento, sin mantas para abrigarse. El rancho que se les da es malo y escaso. Cuando los camaradas reclaman sobre estas deficiencias, les contestan las autoridades que caiten porque sino será peor.

En la cárcel de Zaragoza, pasan de cien los compañeros detenidos por los sucesos de estos días.

—¿Dicen que van a ser trasladados a otra cárcel? —Indudablemente, pues la cárcel es ya insuficiente. Las mujeres ya lo han sido, aunque se ignora donde las han llevado.

—Eso es un secuestro en toda regla.

—¿Y qué otra cosa que secuestros continuos viene realizando la policía en España? —Tienes razón.

DETENCION Y APALEAMIENTO

—¿Y qué hay de cierto sobre el apaleamiento en Jefatura del camarada Benito Esteban? —Eso es un caso verdaderamente espeluznante.

—¿Dicen que fué al salir de visitar a los presos en la cárcel? —Efectivamente, así fué. El había ido a visitar a los compañeros a la cárcel acompañado de los familiares de los presos y a la salida esperaban en la puerta varios po-

licias de la Brigada Social y una sección de guardias de Asalto, que después del consabido "alto", y "manos arriba", empezaron a cachear a todos, entre los que se encontraba el compañero Benito Esteban al que le fué ocupada una pistola, que llevaba para su uso y defensa. Ello fué motivo para proceder a su detención, y conllevado a los calabozos de Jefatura, se le ordenó que se desnudara completamente, y una vez realizada esta operación, seis bárbaros y bien plantados guardias de Asalto, empezaron a descargar fuertes golpes sobre la víctima, hasta hacerle cohear sangre por la boca, y por las innumerables heridas que le produjeron en todo el cuerpo.

UN CASO BRUTAL

—Me han contado mucho, pero sin duda, la realidad supera a la fantasía. ¿Es cierto que el apaleamiento se repitió hasta tres veces? —Sí, camarada, es cierto. La operación la repitieron por tres veces, o sea, tantas como el cuerpo de la víctima caía al suelo sin sentido, reanimándole con agua, para volver de nuevo a la cruel e inhumana operación del apaleamiento. Así lo tuvieron durante treinta minutos, hasta que por fin, viendo que no volvía en sí, lo dejaron sobre las frías losas del calabozo completamente desnudo y con un centinela de vista que hacía guardia pistola en mano.

Cuando el desgraciado camarada recobró el conocimiento, la fiambre había hecho presa en su cuerpo, y con voz débil pidió agua. Los de Asalto, por toda contestación le dijeron: "¿agua quieres?... pues toma agua, hijo de X..." y arrojaron sobre su cuerpo ensangrentado, dos o tres cubos de este líquido, completamente helado.

—¿Es cierto que los mismos "verdugos" se asustaron de su obra salvaje? —Así debió ser, porque después de arrojarse los últimos cubos de agua fría, el cuerpo del camarada Esteban sufrió una violenta y rápida sacudida cayendo al suelo como muerto por un rayo. Entonces los guardias de asalto salieron corriendo y el jefe Superior de Policía ordenó que fuera trasladado inmediatamente a la enfermería de la cárcel, donde ingresó en estado agónico.

—¿Y cómo sigue en la actualidad? ¿Está bien atendido? —Su estado es aun grave, pero en la enfermería es debidamente atendido por el médico de la prisión, el cual condena duramente la forma de proceder con los detenidos en los calabozos de Jefatura.

ANTE LA REPRESION Y LOS HECHOS CONSUMADOS NO CABEN DUDAS

—¿Ante estos hechos criminales, que todavía Casares Quiroga pone en duda, que medidas piensa adoptar la organización? —Más que nunca. A pesar de la represión, a pesar de los manejos inconsciables de los "reformistas"; a pesar, en fin, de todas las hostilidades políticas, nuestra revolución se hará. Mejor dicho ha empezado ya y la sangre derramada de los hermanos caídos en franca y noble lucha, no será estéril, por el contrario, ella nos servirá de estímulo y su recuerdo nos animará hasta llegar al fin.

—¿Adelante pues, camarada y hermano! —¡Salud, pues, y adelante! Nos abrazamos fuerte y fraternalmente. Nos despedimos.

Nuestras almas están impregnadas de un mismo ideal. En nuestros cerebros germina un mismo pensamiento y a flor de nuestros labios aparece la misma frase y gritamos:

¡Por nuestra revolución social!
¡Viva la Anarquía!

MODESTINO J. Bertrán, Impresor, Cerdeña, 202